

Arnold TOYNBEE. *Los griegos: herencias y raíces*. Trad. José Esteban Calderón. México, Fondo de Cultura Económica, 1988. 327 pp.

Al abordar el último libro de Toynbee, terminado poco antes de su muerte en 1975, no podemos olvidar los dos aspectos de este autor: sus profundos y vastos conocimientos como historiador y su mensaje como pensador apoyado en esos mismos conocimientos.

En primer lugar, hay un concepto básico que él mismo comenta en el primer capítulo: el concepto de **karma**, que en sánscrito significa literalmente 'acción', pero que en la acepción budista es 'cambio', 'impulso de una acción sobre otra', que se produce siempre aunque no se tenga conciencia de él. Las reacciones ante el reconocimiento del **karma** pueden variar: puede intimidar, puede aceptárselo pasivamente, o bien se lo puede idealizar a tal punto de llegar a creer que sería sacrilegio intentar cambiarlo.

No se puede entender en Toynbee el concepto de herencia, que es el tema de este libro, si no se tiene en cuenta el de **karma**. Por otra parte, la memoria que un pueblo tiene de su pasado, no siempre se corresponde con la realidad objetiva. Para el autor los griegos, como los chinos y los judíos, se formaron imágenes de su pasado que no coinciden con las que ven los arqueólogos e historiadores. Y la actitud de un pueblo ante esa memoria del

pasado es fundamental para su desarrollo. En el caso de los griegos esa imagen de su pasado es compleja y aun contradictoria. Sin embargo el autor adelanta que "durante sesenta y tres años he estado en contacto con los griegos modernos y los he visto ganar terreno gradualmente en su lucha por convertirse en amos de sus herencias, asimilándolas y superándolas".

Para analizar este proceso, Toynbee estructura su libro en nueve capítulos, con una conclusión y apéndices a los capítulos II, VI y VIII. También incluye al final, la amplia bibliografía consultada.

En el primer capítulo analiza en general el influjo de las herencias del pasado y expone su tesis acerca del **karma** que ya hemos resumido.

En el segundo comienza con el estudio de los triunfos y fracasos de los griegos micénicos. Estos lograron proporcionar unidad cultural a la región del Egeo por primera vez, mediante el nexo de una misma lengua. Aprovecharon algunos elementos de la cultura cretense, pero el contraste de su actividad guerrera con la pesada burocracia administrativa los llevó a una catástrofe tan grande que el mundo griego permaneció "a oscuras" durante un largo periodo. En sus cinco siglos de apogeo, los micénicos acumularon **karma**; ¿qué proporción de él heredaron los helénicos y cómo reaccionaron a esa herencia?

Este es el tema de los capítulos III y IV. Para el autor el hecho de que la catástrofe de los micénicos haya sido tan grande, permitió a los griegos helénicos librarse de la carga del pasado para crear su propia civilización que duró alrededor de diecisiete siglos (desde el XI a. C. hasta el VII d. C.). Sólo recibieron de sus predecesores la poesía, como culminación de un largo proceso de elaboración. Afortunadamente esta poesía fue oral y secular, (características que le impidieron quedar congelada en los textos literarios o sagrados), y fructificó en la *Iliada* y la *Odisea*.

La pujanza de los griegos helénicos solo puede compararse con la de chinos y judíos. El autor toma en cuenta su gran expansión geográfica, pero asigna mayor valor

al atractivo que esta cultura ejercía sobre las demás, especialmente por sus logros en la arquitectura, filosofía, escritura, poesía, modelado y decoración de piezas de cerámica. Su creación máxima es la ciudad-estado, sin la cual los éxitos mencionados habrían sido imposibles de lograr. Su mayor fracaso lo constituye su desunión; otro es la religión: en su aspecto popular y campesino, no se diferencia mayormente de la de los demás cultos campesinos, por lo tanto no les agrega nada; en su aspecto culto, era considerada demasiado agresiva para sus dominados. Con respecto a sus éxitos, paradójicamente su producción cultural se acercó tanto a la perfección, que ello mismo fue un obstáculo para la autosuperación de sus herederos bizantinos.

El núcleo de los capítulos V y VI está constituido, respectivamente, por lo que los bizantinos heredaron de los helenos, y por los triunfos y fracasos de los bizantinos.

Hablando de la herencia que los helénicos dejaron a sus sucesores, dice Toynbee que éstos en un primer momento rechazaron las ciudades-estados (que ya no funcionaban), la religión precristiana, la fachada rectilínea de los templos helénicos, la representación naturalista de la forma humana y la filosofía helénica. Sin embargo no lograron hacer a un lado algunas manifestaciones menores del arte helénico y tampoco el peso de la **paideia**, ni el Sacro Imperio Romano. A estos dos últimos legados se debe su ruina.

Para Toynbee, el éxito de los bizantinos radica en la religión, que fue atractiva para los conversos porque podían conservar su propia lengua en el ritual y porque intrínsecamente también poseía características atrayentes. Su mayor fracaso, como ya se dijo, estriba en que el Imperio representó un enorme peso para sus súbditos sobre todo desde el punto de vista económico; además la **paideia** legada por los helénicos impidió el surgimiento de una rica literatura culta en lengua viva.

En el capítulo VII, el autor trata la herencia que los griegos modernos recibieron de los bizantinos: la idea, "Magna Idea", de resucitar el Imperio Romano de Oriente caído en manos de los turcos. Esto los llevó a un fracaso rotundo que recién fue aceptado en 1922.

Más positiva fue, tal vez, la herencia recibida de los helenos, expuesta en el capítulo VIII, ya que su cultura permitió que los griegos modernos se conectaran con Occidente, sin las trabas del fanatismo religioso, y que la cultura helénica fuera apreciada. Esta fue una de las causas de la inserción de Grecia en el mundo occidental.

Ante esta diversidad de legados de la antigüedad, a los que se suman otros acontecimientos históricos que se fueron sucediendo a lo largo de la historia, Toynbee hace, en el capítulo IX, un balance de los éxitos y fracasos de los griegos modernos. Analiza el proceso por el cual ese pueblo fue desligándose de las trabas del pasado (como su separación de Occidente y la "Magna Idea" superada en nuestro siglo). Sin embargo los éxitos comerciales logrados desde la época de la dominación otomana, los vuelven a conectar con los éxitos helenos, y los animan a que, entre 1821 y 1945, se vayan concentrando en un estado nacional independiente. Sin embargo hay un aspecto negativo en la herencia helénica que aún no ha sido resuelto por completo: la "cuestión lingüística", aunque en el tiempo en que Toynbee escribió este libro las obras clásicas ya eran representadas en Grecia traducidas a la lengua viva actual, refinada y enriquecida por la labor de algunos valiosos escritores contemporáneos.

Después de analizar un proceso histórico tan largo como el de los griegos, el autor llega a la conclusión de que "el influjo del pasado es más benéfico cuando su recuerdo es débil y cuando se lo venera con moderación". Los griegos modernos han ido superando poco a poco el peso de su herencia, y han encontrado su sitio en un mundo occidental que en este momento constituye una cultura mundial. El futuro de ese mundo será también el de los griegos.

Por tratarse no sólo de un erudito, sino sustancialmente de un pensador, Toynbee no se limita a ninguna escuela. Por un lado, sus amplios conocimientos le permiten abarcar la historia de un pueblo que comienza hace aproximadamente ocho mil años (ya que él la remonta al principio del Neolítico), pero al mismo tiempo inserta permanentemente esa historia en el concierto universal. Por otra parte, su postura como pensador es, como él mismo lo admite

en su último diálogo con Daisaku Ikeda¹, un tanto temerosa y hasta pesimista con respecto al futuro de la humanidad, pero no fatalista a la manera de un Spengler. Esto lo demuestra al afirmar el progreso de los griegos con respecto a su pasado.

Liliana Sardi de Estrella

¹ Arnold TOYNBEE-Daisaku IKEDA. **Escoge la vida**. p. 10. Trad. Alberto Bixio. Buenos Aires, Emecé, 1980. 359 pp.